

industrial" de una doctrina del "fin de las ideologías".

64) Desde el "Congreso por la Libertad de la Cultura", de Milán, en 1955, pugnando por el "fin de las ideologías", hasta los nuevos libros sobre el tema, en 1960, 1965, 1968, 1969 y 1974.

66) La conversión de la ciencia social en "ingeniería" o "tecnología social".

67) De la "ciencia libre de valores" de Weber a la "ciencia libre de ideologías".

68) El pleno estatuto científico de las ciencias sociales.

69) La "ingeniería social" propuesta por Popper en 1961 y en 1962.

70) El carácter reformista burgués de estos programas sociales.

Tesis 14 y última: La doctrina de la "neutralidad ideológica", ya sea en la forma clásica de la "ciencia libre de valores" o de las más recientes de "ciencia libre de ideologías", es una manifestación de la ideología burguesa ante la cual el científico social no puede ser indiferente.

71) Una cierta posición conservadora: el status quo en el mundo social.

72) Una opción no puramente científica, sino ideológica.

73) El fin de una ciencia social inocente (si la hubo alguna vez).

74) La penetración de la ciencia social institucionalizada en el aparato político y militar del Estado, sobre todo en los Estados Unidos, por un lado, y la vinculación

de las ciencias sociales con las prácticas sociales transformadoras y liberadoras por los trabajadores latinoamericanos, por el otro.

75) La "neutralidad ideológica", empeño de "ideologizar" a la ciencia en un sentido burgués.



Cabeza en bronce que se supone representa a Demócrito.
Museo Nacional, Nápoles.

Adolfo Sánchez Vázquez

La ideología de la "neutralidad ideológica" en las ciencias sociales*

Mediante el reexamen de las relaciones entre objetividad e ideología en el conocimiento social nos proponemos salir al paso de una doctrina (la de la "neutralidad ideológica") que no obstante los golpes recibidos aún se obstina en mantenerse en pie.¹ Pretendemos asimismo demostrar que esa "neutralidad" no se apoya en sólidas razones, sino en justificaciones ideológicas. Dadas las limitaciones de espacio, nuestras ideas se presentan en forma de tesis que, al mismo tiempo que condensan nuestro pensamiento, permiten fijar con más precisión el blanco de la disputa.

* Texto de la ponencia presentada al Primer Coloquio Nacional de Filosofía. Se agregan las notas al calce que, por razones de espacio, no fueron incorporadas a ella en esa ocasión.

¹ La tendencia a sustraer el conocimiento histórico y social a toda valoración y, por tanto, a situarlo en el marco de la "neutralidad ideológica" (aunque no se empleara esta expresión) tiene claros antecedentes ya a finales del siglo XIX en los neokantianos de la Escuela de Baden (Windelband y Rickert) y de modo explícito, como "ciencia libre de valores" en Max Weber, sobre todo en sus dos ensayos: "La objetividad del conocimiento en las ciencias y la política sociales" (1904) y "El sentido de la «libertad de valoración» en las ciencias sociales y económicas" (1917). Versión española de ambos textos

Tesis 1. *No existe ninguna barrera insalvable entre las ciencias naturales y sociales; la especificidad de las ciencias sociales no puede eludir las exigencias de la cientificidad.*

El fin propio de toda ciencia es conocer y a él subordina cualquier otra consideración. Pero, a la vez, como forma específica de la actividad humana, inserta en determinado contexto social, aun siendo un verdadero fin en sí, sirve a una finalidad externa que le impone ese contexto: contribuir principalmente al desarrollo de las fuerzas productivas en el caso de las ciencias naturales; contribuir al mantenimiento (reproducción) de las relaciones de producción vigentes o a su transformación o destrucción, cuando se trata de las ciencias sociales. Fin propio y finalidad externa de las ciencias se relacionan y condicionan mutuamente. El fin propio se persigue por una finalidad exterior y ésta se asegura cumpliendo el fin propio.

Es un hecho comúnmente reconocido que las ciencias sociales, por lo que toca al cumplimiento de su fin propio, se encuentran hasta ahora en una situación de precariedad e inferioridad con respecto a las ciencias naturales. Diríamos que

en: Max Weber, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Península, Barcelona, 1971.

Ya el marxismo clásico, desde *La ideología alemana*, había sostenido la imposibilidad de una supuesta neutralidad de las ideas. Lenin fue categórico a este respecto: "...En una sociedad erigida sobre la lucha de clases no puede haber una ciencia social «imparcial»" (*Tres fuentes y tres portos integrantes del marxismo*). Y agregaba: "Esperar una ciencia imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada, sería la misma pueril ingenuidad que esperar de los fabricantes imparcialidad en cuanto a la conveniencia de aumentar los salarios de los obreros, en detrimento de las ganancias del capital". Mucha agua ha corrido desde entonces (1913) por el puente. En la actualidad, denuncian también la doctrina de la "asepsia ideológica", revestida hoy con un nuevo ropaje: el del "fin de las ideologías", buen número de investigadores sociales, inspirados por las tesis clásicas del marxismo. Véanse, a título de ejemplo, los siguientes ensayos incluidos en la excelente recopilación de I. Horowitz, *La nueva sociología*, en dos tomos, Amorrortu, Buenos Aires, 1969: Alvin W. Gouldner, "El antiminotauro: el mito de una sociología libre de valores"; Abraham Edel, "Ciencia social y valores; un estudio de sus interrelaciones"; Sidney M. Whillhelm, "Irresponsabilidad científica y responsabilidad moral".

su grado de cientificidad es mucho más bajo, pero por otra parte en cuanto que aspiran a ser ciencias no pueden permanecer en ese estado de precariedad y, menos aún, eludir los requisitos indispensables de la cientificidad.

Ahora bien, la superación de ese estado no es asunto meramente teórico. El atraso científico, en este campo, como en de las ciencias naturales en el pasado, responde primordialmente a causas sociales: las fuerzas opuestas a una transformación radical de la sociedad son las mismas que se oponen a que el conocimiento contribuya a esa transformación. El objeto mismo de las ciencias sociales hace de ellas —aún más que en el caso de las ciencias naturales— un verdadero campo de batalla en el que se enfrentan las ideologías opuestas de la conservación y la transformación del orden social.

Sin embargo, aunque los intereses de clase y las ideologías entren en conflicto más abiertamente en las ciencias sociales que en las naturales, en virtud de la diferencia de su objeto, y de la finalidad exterior a que está sujeto su fin propio —el de toda ciencia—, ello no permite establecer una barrera insalvable entre ellas en cuanto ciencias. Tal barrera se establece cuando se renuncia, por ejemplo, a las características del método científico, probado ya en las ciencias naturales, y se echa mano, en nombre de la especificidad de su objeto (la realidad histórico-social) a métodos que excluyen sus características,² o también cuando en nombre de esa especificidad se proclama la imposibilidad de un conocimiento que no se disuelva en ideología.³ Ahora bien, la especificidad de las ciencias sociales —la que hace de ellas un campo de batalla ideológico— lejos de excluir

² Ya los neokantianos de la Escuela de Baden habían tendido un puente insalvable entre las ciencias naturales (con su método generalizador) y las ciencias de la cultura (con su método individualizador). Rikert, a la vez que las separa radicalmente, mantiene a las ciencias de la cultura (ciencias sociales) en el limbo de la neutralidad valorativa, pues aunque se constate como un hecho la referencia a valores del objeto descrito, se trata a juicio suyo de una descripción del objeto individual, exenta de toda valoración.

³ El representante típico de esta posición en la sociología burguesa es Karl Mannheim (1893-1947), con sus dos obras fundamentales: *Sociología del conocimiento* (1927) e *Ideología y utopía* (1954).

presupone la cientificidad. De otro modo, no podrían ni siquiera llamarse ciencias.

Tesis 2. *Las ciencias sociales —como toda ciencia— es caracterizan por su objetividad.*

No nos referimos a la objetividad del científico entendiendo por ella una voluntad de sustraerse a su subjetividad considerada sobre todo en un sentido empírico, individual. Esta objetividad —o más bien actitud objetiva, imparcial— se revela como imposible y puede favorecer o no lo que entendemos propiamente por verdadera objetividad, pero no es la objetividad misma, que para nosotros sólo se da fuera del sujeto, ya sea en el método que aplica o en los resultados (teorías) de su actividad.

La objetividad del método es, sin duda, requisito indispensable en toda actividad científica. No hay ciencia sin método objetivo y, por tanto, queda descalificada como tal la que prescinda de él tanto en el proceso de investigación como en el de exposición o verificación. Es lo que sucede, por ejemplo, con el método de la comprensión simpática o empatía ya que no podemos determinar si es fiable el estado subjetivo que valida o verifica una teoría. Cuando se pretende captar la realidad social o histórica, los hechos sociales o humanos, por un desplazamiento a la experiencia directa, vivida del objeto, se cierra el paso a la ciencia social como conocimiento racional y objetivo. Los llamados métodos subjetivos (del tipo del *verstehen* o la empatía) nos dejan inermes ante el problema de determinar si estamos efectivamente ante lo verdadero, problema fundamentalmente objetivo.⁴ El método objetivo es

Prentendiendo llevar la doctrina marxista de las ideologías hasta sus últimas consecuencias niega que pueda existir un conocimiento social verdadero, objetivo. Al disolver la ciencia social en ideología, desemboca en un nihilismo gnoseológico.

⁴ Las objeciones que se han hecho reiteradas veces a la intuición como método de conocimiento se pueden extender también a todo método subjetivo como el del *comprender* (o "*verstehen*"). En efecto, no basta estar (si es que se está) en la verdad, sino que hay

propio de toda ciencia y ha sido probado ya a lo largo de siglos en el conocimiento científico-natural. Esto no significa que el método en las ciencias sociales haya de ser un simple calco del de las ciencias naturales, ya que en éstas hay que captar objetos que nunca se nos dan en sí, sino dentro de un sistema del que formamos parte (nunca estamos ante cosas sino ante relaciones sociales, humanas).⁵ En tanto que ciencias sociales, la objetividad toma en ellas un sesgo específico, sin quedar abolida.

Pero el problema de la objetividad no se reduce a este aspecto metodológico. El conocimiento científico es método y sistema en unidad dialéctica: camino adecuado para la obtención de verdades e integración de éstas como resultados en un cuerpo unitario o sistemático.

La objetividad de esos resultados así integrados (verdades, leyes, teorías) es la que permite caracterizar a las ciencias sociales propiamente como ciencias. La objetividad estriba, en primer lugar, en el hecho de que sus resultados teóricos no son una simple proyección o expresión del sujeto cognoscente (cualquiera que sea el modo como se conciba éste). El contenido de las verdades o teorías no es subjetivo; pero esta independencia respecto del sujeto, condición necesaria de la

que probarlo, y la prueba ha de tener un carácter objetivo que ni la intuición ni el *verstehen* pueden aportar. La experiencia vivida (*erlebnis*) del "comprender" no puede romper, a la hora de la prueba, el círculo exclusivo de la subjetividad. (Un análisis crítico de las pretensiones y los resultados de este método puede verse en el ensayo de Theodore Abel, "La operación llamada «Verstehen»", incluido en la recopilación de I. L. Horowitz, *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, EUDEBA, Buenos Aires, 1964.)

⁵ La reducción del método de las ciencias sociales al de las ciencias naturales, defendida por el positivismo en todas sus variantes y practicada por todos aquellos que hacen de la ciencia social una ciencia natural (línea seguida por Durkheim, Radcliffe-Brown y continuada, en cierto modo, en nuestros días, por Lévi-Strauss) tiene como supuesto ontológico, no siempre confesado, la reducción de la sociedad a una parte de la naturaleza. El método positivista en las ciencias sociales ve asimismo —quedándose en la apariencia— a los hombres como cosas. Recuérdese a este respecto lo que Marx se propone en *El Capital*: descubrir la naturaleza social, humana de las relaciones entre los hombres que se presentan como relaciones entre cosas.

objetividad, no es la objetividad misma. Esta se da en una relación peculiar del objeto teórico (verdad, teoría, ley) con el objeto real. Una verdad, una teoría, una ley es objetiva si representa, reproduce o reconstruye algo real por la vía del pensamiento conceptual. No se trata de una representación directa, reconstrucción literal o reproducción pictórica, lo que sería imposible en virtud de la distinción entre uno y otro objeto y en virtud, asimismo, de que el objeto teórico es un producto o resultado de la actividad teórica. Para que pueda hablarse de representación o reproducción en el pensamiento no es necesario hacer del conocimiento objetivo un simple calco o fotografía del objeto y, menos aún, establecer una identidad de propiedades entre el objeto teórico y el objeto real (ciertamente, el enunciado sobre la sal no es salado). Lo objetivo está en el objeto teórico en cuanto que reproduce como objeto pensado (o en el pensamiento) lo real.⁶ Pero si la verdad de un enunciado se da en cuanto que representa o reproduce adecuadamente en el pensamiento lo real, decir objetivo es decir verdadero y en la expresión "verdad objetiva" el calificativo sale sobrando pues no puede haber otra verdad (como la pretendida "verdad subjetiva").

Encontrar, pues, la objetividad en cierta relación del objeto teórico con el objeto real, y por tanto considerar una teoría como independiente del sujeto por lo que toca, como hemos visto, a su valor de verdad, no quiere decir que el sujeto (en-

⁶ Siguiendo a Marx en su *Introducción* de 1857 a los *Grundrisse*, mantenemos la distinción entre objeto teórico (lo concreto pensado) y el objeto real (lo concreto real), pero sin dar un carácter absoluto a esta distinción. Al mismo tiempo, tenemos presente como base de esta distinción la concepción del proceso de conocimiento como proceso, a la vez, de producción del objeto teórico y de reproducción en el pensamiento de este objeto real (como claramente lo afirma Marx en el texto citado). Por todo ello, el concepto de producción no tiene por qué tener consecuencias idealistas (como las tiene en Althusser), ni el de reproducción tiene que ser interpretado como calco o reflejo pictórico (como lo interpreta un marxismo simplista que se hace acreedor a los reproches de Marx [*Tesis I sobre Feuerbach*] a todo el materialismo anterior). (Acerca de todo esto, véase mi ensayo: *El teorismo de Althusser*, en *Cuadernos políticos*, Núm. 3, México, D. F. 1975.)

tendido, sobre todo, no como simple sujeto psíquico, sino como ser social) esté ausente por completo de esa relación, particularmente en el conocimiento social que es el que ahora nos interesa. Nos referimos al sujeto que soporta o encarna todo un mundo de valores, aspiraciones, ideales, intereses, etcétera, dominantes en un contexto social y que rebasan el marco estrictamente empírico, psíquico, individual. Ahora bien, ¿es que la relación en que consiste la objetividad (objeto teórico-objeto real) se da al margen de ese mundo de valores, ideales, aspiraciones, etcétera, y sin que este mundo se haga presente, se filtre en cierta forma, en esa relación entre teoría y realidad en que, en definitiva, consiste la ciencia?

Pero entonces se plantea una cuestión como ésta: ¿hay propiamente un conocimiento (el de las ciencias sociales) que pueda descartar la presencia de esos valores, ideales, aspiraciones o intereses? Y si no puede descartarla —sobre todo en su contenido mismo— ¿puede hablarse en rigor de ciencia? Si la ciencia no es una relación a solas con lo real, sino mediada o mediatizada por un tercero que denominaremos ideología, ¿de qué tipo es esa relación: científica, ideológica, pseudocientífica, o científico-ideológica?

La pregunta nos arroja en la cuestión medular de las relaciones entre lo científico y lo ideológico, lo que nos lleva inmediatamente a definir lo que entendemos por ideología. Es lo que hacemos en la siguiente tesis.

Tesis 3. La ideología es: a) un conjunto de ideas acerca del mundo y la sociedad que: b) responde a intereses, aspiraciones o ideales de una clase social en un contexto social dado y que: c) guía y justifica un comportamiento práctico de los hombres acorde con esos intereses, aspiraciones o ideales.

Esta definición amplia de la ideología toma en consideración tres aspectos fundamentales de ella: su contenido teórico a), su génesis o raíz social b), y su uso o función práctica c). Por su contenido, la ideología es un conjunto de enunciados

que apuntan a la realidad y a problemas reales, y entrañan explícita o implícitamente una valoración de ese referente real. Este contenido no es necesaria o totalmente falso; puede ser verdadero o contener elementos de verdad. Pero, incluso en este último caso, no se reduce a sus elementos puramente teórico-cognoscitivos. Comprende juicios de valor, recomendaciones, exhortaciones, expresiones de deseo, etcétera. La concepción de la ideología como total y necesariamente falsa (como forma de "conciencia falsa") es una generalización ilegítima de una forma particular, concreta, de ideología.⁷ Nuestra definición, en segundo lugar, pone en relación este contenido teórico con los intereses, aspiraciones e ideales de una clase social condicionada históricamente por el lugar que esa clase ocupa con respecto al poder y al sistema de relaciones de producción. En tercer lugar, se destaca la función práctica de la ideología como guía de la acción de los hombres en una sociedad dada. La ideología aspira a guiar su comportamiento y, al mismo tiempo, más que explicarlo —que es el fin propio de la ciencia— trata de justificarlo. Cabe decir que el fin propio

⁷ Los partidarios de esta generalización suelen remitirse a Marx y Engels, quienes ciertamente han empleado el término "ideología" con este contenido tanto en una obra de juventud (*La ideología alemana*) como en trabajos posteriores (particularmente Engels en su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* y en su carta a Mehring, de 14 de julio de 1893). Pero es evidente que, en todos estos casos, no se puede ignorar la forma concreta y específica de ideología (la ideología burguesa) que ellos tienen a la vista. En otro texto (en el *Prólogo a la Contribución de la Crítica de la economía política*) encontramos un concepto amplio de ideología, en la que ésta aparece determinada ante todo por posiciones de clase. Un concepto así permite admitir, junto a una forma específica, de clase, la ideología burguesa, otras formas específicas, también de clase, como la de "ideología proletaria" o "socialista", claramente formulada por Lenin, que para él, como para Marx y Engels, no podía ser "conciencia falsa". Si se generaliza a toda ideología el concepto de "conciencia falsa" no se alcanza a ver cómo la ideología revolucionaria, proletaria, podría cumplir su función práctica (inseparable de una conciencia verdadera de lo real) y qué sentido tendría entonces la lucha ideológica y la formación ideológica de la clase obrera como elementos necesarios —junto a la lucha económica y política— en el proceso histórico de su emancipación.

de la ideología es, precisamente, el ejercer esta función práctica de guía y justificación de la acción. Mientras que la ciencia aspira a la verdad (representación o reproducción adecuada de lo real) y, de este modo, puede contribuir a la acción; la ideología tiende a cumplir ante todo su función práctica c) adecuando para ello, si es necesario, esa reproducción de lo real, su contenido a) a ciertos intereses, aspiraciones o ideales b), aunque esto se traduzca en la mayor parte de las ideologías de clase en un conflicto entre ideología y verdad.

Nuestra definición de la ideología comprende, pues, tres aspectos: teórico o gnoseológico a), genético o social b) y funcional o práctico c).⁸

Definidas la objetividad y la ideología, podemos examinar ahora el modo de relacionarse entre sí ambos términos en las ciencias sociales. Pero para esclarecer el papel de la ideología en las ciencias sociales y cómo se hace presente en éstas, tenemos que subrayar, con respecto a esas ciencias, el papel ineludible e irreductible de la objetividad en ellas. Es lo que hacemos en la tesis que exponemos a continuación:

Tesis 4. Las ciencias sociales en cuanto ciencias no pueden renunciar a la objetividad.

Si se renuncia a la objetividad, se renuncia al conocimiento social como ciencia y éste queda reducido a simple ideolo-

⁸ El sociólogo polaco J. Wiatr ha elaborado una tipología de definiciones de la ideología, de acuerdo con la cual las divide en genéticas, estructurales y funcionales (Cf. *Czy zmierzch ery ideologii*, [¿Declinación de la era de las ideologías?], Varsovia, 1966). A nuestro modo de ver, como tratamos de poner de relieve en nuestra definición, en toda ideología se dan en unidad indisoluble los tres aspectos que se subrayan, por separado, en cada una de las definiciones de Wiatr. Una definición como la nuestra es aplicable tanto a una forma específica (burguesa) como a otra (proletaria); puede admitir asimismo, las formas más diversas: como "conciencia falsa", como ideología en la que se mezclan y se oponen elementos de verdad y falsedad, y asimismo, sin ver en ambos términos una contradicción ni atribuirles tampoco un valor absoluto, como ideología verdadera o, como dice Lenin, con una expresión que ha escandalizado a los defensores de la generalización ilegítima antes apuntada, como "ideología científica" (en *Materialismo y empiriocriticismo*).

gía. Tal es la posición clásica de Mannheim.⁹ Para ello, hace suya la tesis de Marx de la determinación social del conocimiento; pero, acto seguido, la interpreta en el sentido de que todo conocimiento por estar determinado socialmente, por ser clasista, es relativo, y por tanto, falso; es ideología en el sentido de "conciencia falsa", o representación deformada de la realidad, incompatible por consiguiente con la objetividad.

La interpretación de la relación entre un conjunto de ideas y el interés de clase, señalada por Marx como característica de la ideología (aspecto *b* de nuestra definición), en el sentido que le da Mannheim (relación = relatividad y ésta = falsedad), es una interpretación unilateral y ahistórica del pensamiento de Marx. Que el conocimiento responda a intereses sociales, de clase, e incluso los exprese, no implica necesariamente que sea falso. El propio Marx ha subrayado en su crítica de la ideología económica burguesa (la economía política clásica) los elementos de verdad que desarrollados por él contribuyeron a elaborar la teoría económica del capitalismo. Obviamente, Marx la tenía por verdadera a la vez que reconocía su carácter ideológico. La aplicación de la interpretación de Mannheim de las tesis de Marx al propio Marx, implicaría la necesaria falsedad de toda su teoría social. Ciertamente de esto se trata: de enterrarlo con su propia pala. Por otro lado, la incompatibilidad entre relatividad del conocimiento y verdad objetiva es insostenible si se tiene presente que todo conocimiento es aproximado y relativo en el sentido de que nunca podemos considerarlo acabado y absoluto. El conocimiento siendo aproximado, relativo es verdadero (=objetivo). Toda la historia de la ciencia lo confirma.¹⁰

⁹ Cf. Karl Mannheim, *Ideología y utopía*. Introducción a la sociología del conocimiento, Aguilar, 2a. ed., Madrid, 1966.

¹⁰ Lenin ha puesto de manifiesto esta dialéctica de lo relativo y lo absoluto en el proceso de conocimiento en estrecha relación con su objetividad. ("...La relatividad de todos nuestros conocimientos, no en el sentido de la negación de la verdad objetiva, sino en el sentido de la condicionalidad histórica de los límites de la aproximación de nuestros conocimientos a esta verdad", *Materialismo y empiriocriticismo*, en *Obras completas*, T. 14, ed. es., Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960, p. 136.)

Finalmente, el propio Mannheim pretende recuperar el conocimiento objetivo al sostener que un grupo social —cuyo pensamiento por excepción está débilmente condicionado— puede escapar al relativismo, ya que es capaz de integrar en una síntesis los diferentes puntos de vista o perspectivas. Pero aparte de que esta objetividad no es propiamente tal (sino simple intersubjetividad), Mannheim tiene que demostrar no sólo que toda determinación social engendra necesariamente una conciencia falsa (tesis que ilegítimamente atribuye a Marx), sino también la tesis opuesta, la que le sirvió para tratar de enterrar al marxismo, a saber: que un grupo excepcional, privilegiado —la intelectualidad—, situado según él por encima de los intereses de las clases y de las luchas entre ellas, puede escapar a esa determinación y salvar así la objetividad en las ciencias sociales. Si primero excluyó la objetividad para disolver el conocimiento determinado socialmente en ideología, ahora excluye la determinación social para salvar el conocimiento objetivo (entendido como "síntesis" de puntos de vista relativos y partidistas).

De todos modos, aun en este reconocimiento deformado y a regañadientes de la verdad objetiva, vemos cuán difícil es renunciar a la objetividad en las ciencias sociales a menos que se renuncie franca y abiertamente a su cientificidad. Pero esta objetividad no deja de ser específica como subrayamos en la tesis siguiente.

Tesis 5. *La objetividad de las ciencias sociales es valorativa; en ellas no se escinden objetividad y valor.*

La negación clásica de esta tesis es la doctrina weberiana que considera que la objetividad de las ciencias sociales requiere su "liberación respecto de los valores". Para Weber los valores se establecen de un modo irracional, sobre la base de la fe y de las emociones. Por tanto, no pueden insertarse en una teoría científica. Objetividad y valor se excluyen mutuamente. El científico en cuanto tal (en su actividad y en sus teorías) debe ser neutral axiológicamente. La consecuen-

cia definitiva de este planteamiento y solución es la separación radical entre hecho y valor, entre ciencia e ideología, o entre ciencia y política. Esta separación inspira posteriormente al neopositivismo y, en nuestros días, a los filósofos analíticos pretendidamente neutrales así como a los teóricos de la "desideologización". Dicha separación fue postulada hace varias décadas, en nombre del marxismo, por los teóricos de la socialdemocracia alemana¹¹ y, recientemente, por Althusser y sus discípulos.¹²

Esta línea de pensamiento que escinde objetividad y valor conduce a la negación del carácter específico de la objetividad en las ciencias sociales. De acuerdo con ella, los objetos sociales no son simples cosas sino relaciones sociales entre los hombres aunque se presenten como cosas. Pero los hechos sociales no se suceden con la rígida determinación de los acontecimientos naturales, sino que son hechos en cuya producción pueden intervenir decisivamente los hombres en la medida en que toman conciencia de ellos y se organizan y actúan para producirlos. Por otro lado, no son sólo hechos sujetos a una determinación social sino valiosos. Es precisamente esta con-

¹¹ En su *Concepción materialista de la historia* (1a. ed. alemana, tt. 1-2, 1927-1929), Kautsky sostiene inequívocamente esta separación al afirmar que "el materialismo histórico es una teoría puramente científica que, como tal, no está ligada en modo alguno al proletariado".

¹² En sus dos obras fundamentales, *Pour Marx* (1965) y *Lire le Capital* (1965) Althusser emprende una vasta y delicada operación teórica tendiente a "desideologizar" el marxismo para rescatarlo como ciencia. En esta empresa, el humanismo socialista, tras de ser asimilado al humanismo especulativo que el propio Marx combatió, es arrojado del campo de la teoría (de ahí su famoso "antihumanismo teórico") y conservado o aceptado sólo como simple ideología. Esta separación radical de ciencia e ideología, o de ciencia y política, en el propio seno del marxismo, conduce a separar la ciencia histórica y social en cuanto tal (el materialismo histórico) del punto de vista de clase, del proletariado y de la práctica revolucionaria. En ello radica la "desviación teorizante" que el propio Althusser habría de reconocer y que, más tarde, sobre todo en sus últimos escritos (*Response a Lewis*, 1973 y *Elements d'Autocritique*, 1974) se esfuerza en superar. A nuestro modo de ver, sin lograrlo, es decir, sin superar su teoricismo originario, como tratamos de demostrar en nuestro ensayo citado: *El teoricismo de Althusser*.

junción de hecho y valor, característica del comportamiento humano, la que impide tratar científicamente los hechos como cosas aunque en ciertas relaciones de producción se presenten cosificados. El enfoque positivista de los hechos sociales, partiendo de la escisión entre objetividad y valor, pierde de vista el carácter específico de la objetividad en las ciencias sociales y con ello deja de verlos como realmente son. Por otra parte la "neutralidad valorativa", al presuponer una visión de la sociedad en la que las relaciones humanas, sociales, se reducen a cosas, no es menos axiológica que aquella que por ver, ante todo, su carácter social, humano, no pretende excluir un enfoque valorativo.

Tesis 6. *Los valores que tenemos presentes al rechazar la doctrina de la "neutralidad valorativa" son los que forman parte de las ideologías reales, de clase.*

Los valores constituyen un elemento fundamental en toda ideología: matizan sus elementos cognoscitivos y enmarcan los fines con los que se pretende guiar el comportamiento práctico de los hombres.¹³ El destino de las relaciones entre ciencia e ideología se juega con respecto a ellos, como lo entendió muy bien Weber, y no puede escamotearse refiriéndose a los valores intrínsecos de la ciencia. Al afirmarse que el científico en cuanto tal hace juicios de valor ya que debe optar constantemente entre una hipótesis y otra,¹⁴ no se puede caracterizar —con base en ello— a las ciencias sociales como ideológicas, pero tam-

¹³ Sobre los valores, véase el cap. VI de nuestra *Ética*, Ed. Grijalbo, 1a. ed., 1969 (12a. ed., 1975), México, D. F.

¹⁴ Tesis sostenida por R. Rudner en su trabajo: "The Scientist qua Scientist Makes Value Judgements", *Philosophy of Science*, 20, 1953. Texto citado por Javier Muguerza, quien aguda y certeramente delimita su verdadero alcance: la valoración así entendido no tendría por qué ser valoración en otro sentido (moral) "ni en las ciencias naturales ni en las ciencias sociales" (Cf. Javier Muguerza, "Ética y ciencias sociales" en: *Filosofía y ciencia en el pensamiento español contemporáneo*, Ed. Tecnos, Madrid, 1973, pp. 280-281), con lo que una vez más, Rudner dejaría a salvo la "neutralidad valorativa" o "ideológica".